Exilios. Escritores españoles en Estados Unidos

CARMEN DE LA GUARDIA HERRERO
Universidad Autónoma de Madrid

Acercarnos al exilio republicano español en Estados Unidos supone una profundización en las relaciones diplomáticas y culturales entre España y los Estados Unidos. Después de la Guerra Civil Española (1936-1939), Estados Unidos no aceptó el estatuto de refugiados políticos de los republicanos españoles. Por lo tanto, sólo admitieron su entrada como emigrantes. Y además necesitaron siempre un contrato de trabajo. Gran parte de estos emigrantes españoles en América del Norte ejercieron como profesores universitarios y estuvieron muy vinculados al reforzamiento del hispanismo. La mayoría enseñaron en instituciones de educación superior de gran calidad, con una larga trayectoria de relaciones con organismos educativos españoles vinculados al institucionismo.

En este texto, queremos recorrer la historia de las relaciones culturales entre España y los Estados Unidos teniendo en cuenta que estuvieron siempre sometidas a la compleja percepción que las dos naciones han tenido entre sí. Así comprenderemos la acogida y las contribuciones de estos nuevos hispanistas, todos intelectuales españoles republicanos, en Estados Unidos. Comenzaremos con las percepciones y las relaciones culturales en los siglos XVIII y XIX para analizar después el surgimiento de instituciones educativas y culturales, en España y en los Estados Unidos, cuya finalidad era la de divulgar la cultura y los valores de la otra nación. Fueron estás instituciones las que posibilitaron la llegada y la valoración en Estados Unidos de los intelectuales españoles comprometidos con la Segunda República española.

España y Estados Unidos: primeros encuentros

Recordemos que desde el mismo momento de la independencia de los Estados Unidos, en 1776, la joven República y el viejo Imperio español vivieron situaciones diplomáticas y políticas difíciles. Es más, los Estados Unidos crecieron territorialmente, primero, y políticamente, después, a costa de las ruinas del antiguo Imperio español. Para lograr la hegemonía política en las Américas, ya a finales del siglo XIX, Estados Unidos utilizó, como otras naciones hegemónicas, la justificación

cultural. Las distancias en valores y costumbres y, sobre todo, la definición negativa de la cultura hispánica fueron siempre el argumento que justificaba el desplazamiento de España y la irrupción de los Estados Unidos en el control de todas las Américas. Esa valoración y utilización con fines políticos de la cultura dificultó, en muchos casos, una apreciación equilibrada entre los dos mundos.

Cuando las Trece Colonias inglesas iniciaron su proceso de independencia en 1775, la Monarquía católica seguía siendo la potencia hegemónica en América. No sólo se extendía por América Central y del Sur, sino que también abarcaba grandes extensiones en América del Norte que rodeaban a las Trece Colonias inglesas. España acababa de perder, en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), las Floridas a manos de Inglaterra, pero había obtenido la Lusiana. Por lo tanto mantenía casi todo el control del Golfo de México y grandes extensiones de territorio que protegían el corazón de su Imperio. En 1775, al estallar la violencia entre las Trece Colonias y su metrópoli, las colonias pidieron ayuda a Francia y a la Monarquía católica. Era lógico porque las dos potencias borbónicas habían rivalizado con Inglaterra durante todo el siglo XVIII. La ayuda de Francia llegó muy pronto. En realidad, tenía muy poco que perder colaborando con las colonias en el logro de su independencia. Acababa de verse obligada a ceder, a Gran Bretaña, el Canadá en 1763 y no poseía ya territorios en América del Norte. Sin embargo, la situación de España era mucho más difícil. Era la mayor potencia colonial de América y la independencia de las antiguas colonias inglesas constituía el peor de los ejemplos para su propio Imperio. Por eso actuó con mucha cautela. Y no fue bien entendida por los colonos ingleses de América del Norte. Su diplomacia llena de rituales y de reservas; su cultura católica; su corte suntuosa no tuvo matices en la percepción que de ella tuvieron los revolucionarios y republicanos americanos. En 1779, el presidente del congreso de la Confederación de los Estados Unidos de América, John Jay, viajaba a Madrid con su mujer, la también republicana, Sarah Livingston Jay, para buscar el reconocimiento de la soberanía de los Estados Unidos por parte de la corte de Madrid. En la correspondencia y otros textos que desde la madrileña calle de San Mateo escribieron esta pareja de revolucionarios, apreciamos esa falta de comprensión de una cultura, la española, que les era muy ajena.

En este primer periodo de andadura histórica de los Estados Unidos, la percepción que tuvieron los estadounidenses de «lo español» fue compleja. Sintieron admiración por la lengua y la literatura españolas. Sin embargo, coincidieron en su repulsa de «las suntuosas» cortes europeas y fueron muy críticos con la religión que se practicaba en las denominadas tierras «papales».

Desde muy pronto, en las colonias inglesas de América se impartieron clases de español demandadas por comerciantes que querían introducirse en el comercio clandestino con la América española. «Esto es para anunciar que nada más pasar el cartel de caballo negro en la calle Smith, cerca de la antigua iglesia holandesa, se imparten clases de francés y español siguiendo el mejor de los métodos ingleses», anunciaba en 1735 el *New York Gazette*[1]. En 1751, circulaba por las colonias *A Short Introduction to the Spanish Language; to which is added a vocabulary of familiar words for the more speedy improvement of the learner,* libro de texto escrito por el librero y profesor de español Garret Noel[2]. Fue Benjamin Franklin el primero de los revolucionarios en defender la necesidad de estudiar español en las universidades norteamericanas. En 1749, Benjamin Franklin fundó la Academia Pública de Filadelfia que posteriormente se transformó en la Universidad de Pennsylvania. «Nada puede contribuir más al cultivo y a la mejora de un país, a la sabiduría, riqueza, fortaleza, virtud y piedad de su población, que una correcta formación de su

[1] J. R. Spell, «Spanish Teaching in the United States», *Hispania* 10, 3 (1927), pp.141-159.
[2] *Ibid.*, p. 147.

juventud, moldeando sus modales, imbuyendo sus mentes abiertas con principios de moralidad y rectitud», afirmaban las *Constituciones* de la Academia de Filadelfia, «instruyéndoles con el aprendizaje de las lenguas vivas y muertas, particularmente con su lengua materna, y con todas las ramas útiles de las Artes liberales y de las Ciencias», concluían[3]. Entre las lenguas vivas, las *Constituciones* recomendaban la enseñanza del español, del francés y del alemán. Así el español fue asignatura en los centros de enseñanza superiores en las colonias inglesas. También el español fue asignatura oficial en William and Mary College desde 1780. El español era pues una lengua estudiada y admirada. Como decía Thomas Jefferson a Peter Carr: «Nuestras futuras conexiones con España y con Hispanoamérica harán que aprender esa lengua tenga un inmenso valor. Además, gran parte de la historia antigua de América está escrita en español. Te envío un diccionario» concluía de forma práctica Jefferson[4].

La literatura española se conocía en las antiguas colonias inglesas. Cervantes era un escritor admirado y *El Quijote*, en la traducción de Smollett, se encontraba en numerosas bibliotecas públicas y en bibliotecas particulares en las colonias. También se vendía en las librerías. En *The Pennsylvania Gazette*, de Filadelfia, se anunciaban todos los comerciantes. Así, el 8 de marzo de 1775 aparecía un anuncio de la librería de Robert Maggil, «En la esquina de Laetitia Court, en Market Street acaba de traer de Londres una gran cantidad de libros: [...] la *Historia de Inglaterra*, de Goldsmith (4 vols.), la *Historia de Irlanda*, de Leland (4 vols.), el *Diccionario de la Biblia* (3 vols.), [...]. La *Historia de Carlos V*, de Robertson, *Don Quixote* (4 vols.)». En todas las listas de obras que los libreros de Filadelfia anunciaban en la *Gazette*, se repetían obras cervantinas[5].

Sin embargo, el primer libro impreso en español en América del Norte tuvo muy poco que ver con la admiración y mucho con la oposición mayoritaria a «los excesos» del catolicismo. Su autor fue el ministro puritano Cotton Mather. El pequeño texto obedecía al deseo de «sacar de su error» a los vecinos papistas de América Central y del Sur. *La fe del cristiano*, se subtitulaba *A los españoles para que abran sus ojos, y para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios: para que reciban por la fe que es en Jesu Cristo remisión de pecados y suerte entre los santificados*, fue publicado en Boston en 1699[6]. Esa visión negativa frente a la suntuosidad y excesos de la Iglesia Católica y de las Cortes europeas la compartieron los protagonistas de las «turbulencias» en América del Norte y también los enviados por los revolucionarios a Europa para lograr apoyo militar de España y de Francia. El catolicismo, para muchos republicanos norteamericanos, atentaba contra los principios de sobriedad y equilibrio básicos a la virtud republicana. «Cuando nuestra hija nació, ella (una amiga española) propuso, como es costumbre aquí, darle el nombre del Santo del Día, porque (los españoles) están muy orgullosos de contar por lo menos con un santo para cada día del año», escribía satírico John Jay desde Madrid en 1779, a su suegro el futuro gobernador de New Jersey William Livingston. «Pero como los Santos están en guerra con nosotros, los herejes, mejor la llamaremos como a alguna pecadora que probablemente lo apreciará más», concluía[7]. De forma muy parecida, pero todavía más quejosa, se expresaba la mujer de John Jay

---

[3] «Constitutions of the Academy of Philadelphia», version manuscrita, Archivos de la Universidad de Pennsylvania. También en red: *Benjamin Franklin Papers*, [http://franklinpapers.org/franklin/yale?vol=3&page].

[4] Thomas Jefferson a Peter Carr, París 10 de agosto de 1787. Jefferson Papers, Universidad de Virginia.

[5] *The Pennsylvania Gazette*, 8 de marzo de 1775.

[6] R. Merrit Cox, «Spain and the Founding Fathers», *The Modern Language Journal* 60/3 (1976), pp. 101-109.

[7] John Jay a William Livingston, Madrid, 14 de julio de 1780. Biblioteca de Raros y Manuscritos de la Universidad de Columbia, John Jay, Letterbook, 1779-1782.

también desde Madrid: «[...] Henos aquí en un país, cuyas costumbres, lengua y religión son absolutamente contrarias a las nuestras», escribía Sarah Livingston Jay a su madre, «sin conexiones, sin amigos; juzga entonces si Dios no podría habernos deparado un presente más aceptable»[8].

Estas primeras percepciones que los norteamericanos tenían de España no ayudaron al buen desarrollo de las relaciones diplomáticas. En 1780, John y Sarah Jay abandonaban Madrid sin haber logrado que España firmase un tratado con los Estados Unidos y reconociese su soberanía. La Monarquía católica declaró la guerra a Gran Bretaña, pero no se alió con la nación revolucionaria. La posición española era lógica. Siendo una gran nación colonial, la independencia y la revolución de unas antiguas colonias, como los Estados Unidos, sólo supondría un pésimo ejemplo para el resto de las Américas.

Durante el siglo XIX, las relaciones entre España y los Estados Unidos fueron todavía más complejas. La percepción de España como un país católico, supersticioso y de grandes excesos políticos se reforzó en Estados Unidos. Pero quizá por ello el interés de los Estados Unidos hacia España fue cada vez mayor. En España, durante el *Sexenio Revolucionario* (1868-1874), se proclamaron por primera vez principios democráticos. España podía así abrirse hacia otras realidades[9]. Y muchos extranjeros, imbuidos de los valores del Romanticismo, supieron aprovecharlo.

El Romanticismo americano reaccionó contra la concepción mecánica ilustrada. Frente al exclusivismo racionalista ilustrado, que ignoraba todo aquello que no podía ser expresado a través de leyes universales, los románticos reivindicaron la posibilidad de conocer la realidad utilizando otras formas de acercamiento tan válidas como el pensamiento racional. La intuición y la experiencia permitían captar la realidad plena. Lo particular, aquello que había quedado excluido por el pensamiento racional, por no ser común a todos, quedaba así resaltado. El conocimiento racional, incapaz de penetrar en todos los recovecos de la realidad, fue desbancado por la intuición y los sentimientos. Lo singular, lo diferente, fue rescatado del olvido. El mundo de las pasiones y los sentimientos, desacreditados y olvidados por los ilustrados, era reivindicado[10]. De la misma forma que el Romanticismo ensalzaba a los grupos sociales que siempre habían sido representados, en la tradición cultural occidental, como próximos a la naturaleza, como seres intuitivos y pasionales, también reivindicó a aquellos lugares descritos como peculiares, naturales y evocadores de emociones. No sólo lo oriental era reclamado. Dentro de occidente, las naciones «extrañas» y con vestigios premodernos eran visitadas y admiradas. Así empezó a incluirse en los viajes «educativos» a naciones como Italia, Grecia y España, y también al mundo «exótico» del Norte de África.

Muchos historiadores, escritores, y pintores norteamericanos comenzaron a escribir y a pensar románticamente España[11]. En 1815, Abiel Smith donó 20.000 dólares a la Universidad de

---

[8]Sarah Livingston Jay a Susannah French Livingston, Madrid, 28 de agosto de 1780. Biblioteca de Raros y Manuscritos de la Universidad de Columbia, Sarah Livingston Jay (Mrs. John). Letterbook, 1779-1781. Sobre la estancia de Sarah Livingston Jay en Madrid, veáse Carmen de la Guardia, «Una visión republicana de Madrid. Los escritos de S. Livingston Jay», en V. Fernández Vargas (ed.), *El Madrid de las mujeres. Aproximación a una presencia invisible (1561-1833)*, Madrid, CAM, 2007, pp. 195-222.

[9] Véase M.ª I. Cabrera Bosh, «La libertad religiosa», en R. Flaquer Montequí (ed.), *Derechos y constitución. Ayer* 34 (1999), pp. 93-125.

[10] E. Tollonchi, *Romanticismo y modernidad: ideas fundamentales de la cultura del siglo XIX*, Puerto Rico, Universidad, 1989. También J. Vicens Vives, «El romanticismo en la Historia», *Hispania* 10 (1950), pp. 745-765, reimpreso por D. T. Gies: *El romanticismo*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 155-174.

[11] I. Jaksic, *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*, Santiago de Chile, FCE, 2007.

Harvard para que se crease una cátedra de español y de francés. Era la primera vez que el español devenía asignatura curricular y que se contrataba a un profesor centrado en la cultura y la lengua española, en términos de igualdad con el resto de la Facultad. El primer profesor adscrito a la cátedra fue George Ticknor (1791-1871). Ticknor fue uno de los primeros estudiantes estadounidenses que acudió a la universidad alemana para formarse. Estudió en la universidad de Gottingen, Filología, y viajó por toda Europa. Fue uno de los primeros hispanistas y escribió una de las primeras historias de la literatura española. Su *History of Spanish Literature*, publicada en 1849, fue todo un éxito[12]. Ticknor, además, fue uno de los grandes impulsores de la creación de la Biblioteca Pública de Boston. El segundo en ocupar la Cátedra Smith fue el poeta William Wadsworth Longfellow (1807-1882), cuyas traducciones de las obras literarias españolas, sobre todo de las *Coplas* de Jorge Manrique, le hicieron gozar también de un enorme prestigio. A Harvard le siguieron muchas otras universidades. Así se fundaron cátedras de estudios españoles en Virginia (1825), Bodwin (1826), Yale (1827), Columbia (1830), Princeton (1830), y un sin fin de universidades más. Pero además de los catedráticos especialistas en lengua, literatura y cultura española existieron dos grandes figuras decisivas para el impulso de los estudios hispánicos. Por un lado Washington Irving (1783-1859), escritor romántico y diplomático y, por otro, el historiador William Prescott (1796-1859). Los dos contribuyeron con sus obras a ensalzar al presunta relación entre el catolicismo y el «carácter» español[13].

Este primer impulso e interés romántico por la exótica España motivó el surgimiento de instituciones y organismos especializados en el estudio de la lengua, la cultura y la historia españolas. Así en 1884 se creaba la Modern Languages Association (MLA). En 1904 se fundó en Nueva York la Hispanic Society of America. Su creador era el hijo único y heredero del millonario Huntington. Archer Milton Hungtinton (1870-1955) invirtió su fortuna en crear una institución dedicada a difundir el arte y la cultura españolas en Estados Unidos. El edificio actual de la Hispanic Society of America, en Manhattan, se inauguró en 1908[14].

Los cambios generados en la cultura y en la sociedad por el romanticismo americano no sólo afectaron a los Estados Unidos. El Romanticismo fue una gran dinamizador de la sociedad civil. La expresión cultural romántica fue siempre acompañada de movimientos de reforma que eran una respuesta a la nueva realidad social causada por la rápida industrialización y modernización. Abolicionistas, reformadores educativos, luchadores a favor de la templanza, cruzadas en contra de la lujuria masculina y feministas acompañaron siempre a las manifestaciones culturales románticas[15].

En España los movimientos culturales y sociales nacidos a la sombra del Romanticismo pudieron crecer gracias a los grandes cambios políticos del sexenio revolucionario. La Constitución de 1869 fue la primera Constitución democrática española. Como tal, recogía derechos sociales como el de asociación y reunión y proclamaba la libertad religiosa. Fue un momento de

---

[12] T. R. Hart Jr, «George Ticknor *History of Spanish Literature*», *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States*, R. L. Kagan (ed.), Urbana y Chicago, University of Illinois Press, 2002, pp. 106-121.

[13] T. S. Beardsley, «Instituciones americanas dedicadas al hispanismo», *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura* CXVI, 451/452 (1983), pp. 195-206.

[14] Sobre Huntington véase B. Gilman Proske, *Archer Milton Huntington*, Nueva York, Hispanic Society of America, 1963.

[15] L. D. Guinzberg, «Moral Suasion is Moral Balderlash: Woman, Politics, and Social Activism in the 1850's», *Journal of American History* 73 (1986), reimpreso por G. N. Grob y G. A. Billias (eds.), *Interpretations of American History*, vol I, Nueva York, 1992, p. 325. También C. de la Guardia, «El Gran Despertar. Románticas y reformistas en Estados Unidos y en España», *Historia Social* 31 (1998), pp. 3-27.

eclosión de movimientos de reforma y también de acercamiento a otras realidades culturales. Profesores españoles viajaban y estudiaban fuera de nuestras fronteras, y reformadores sociales de otros lugares arribaban a las costas españolas[16].

En 1871, la American Board of Commissioners for Foreign Missions, organización misionera congregacionista de Nueva Inglaterra, autorizaba la apertura de misiones en la católica España. Sus primeros emisarios fueron cuatro jóvenes misioneros: William y Luthey Hasley Gulick y sus mujeres. Antes de partir, Alice Gordon Gulick, mujer de William, logró ser reconocida como la representante en España de la asociación de mujeres congregacionistas vinculada a la American Board, la Woman's Board of Missions.

Alice Gordon Gulick, desde que llegó a Santander, quedó impresionada por la falta de educación intelectual y «moral» de las mujeres españolas. Como muchos reformadores sociales decimonónicos, consideraba que existían profundas diferencias entre las «razas». Las mujeres españolas tenían, para Alice Gordon Gulick, «un temperamento pasional» que debían corregir. Siguiendo siempre ejemplos del mundo natural, los Gulick afirmaron «que en la combinación de las razas, si se siguen principios correctos, se logra una raza más fuerte y mejor». Así estaban convencidos que a través de la labor de la señora Gulick y de las profesoras de cultura norteamericana asociadas con ella, se podría crear gradualmente un nuevo tipo espiritual y moral de mujer. «Las mujeres españolas, pasionales y amantes de la comodidad y el lujo» –afirmaba Elizabeth Putman Gordon en la biografía de su hermana Alice Gulick– «contendrían esas características con las de fortaleza, equilibrio y espiritualidad de las mujeres americanas»[17]. También el matrimonio Gulick compartía la certeza misionera de haber sido elegidos para redimir al otro. Fue esta idea de misión centrada en las mujeres lo que diferenció la labor misionera de Alice Gordon Gulick de la del resto de los misioneros protestantes en España.

Al igual que en las otras misiones protestantes, la actividad religiosa de estos misioneros norteamericanos siempre fue acompañada de funciones asistenciales y educativas. Casi todas las misiones contaron con escuelas gratuitas donde se impartían clases renovadoras para la tradición pedagógica española. Pero, además de la escuela primaria vinculada a la misión congregacionista, Alice Gordon Gulick quería crear una institución que beneficiara a las mujeres españolas. Ella había sido educada en una de las primeras universidades para mujeres en Estados Undios, en Mount Holyoke. Su sueño era el de crear una institución similar en España. Debía ser un internado, en donde se otorgase no sólo una educación intelectual y física a las alumnas, sino también una formación moral. La idea no era nueva. Muchas de las antiguas alumnas de Mount Holyoke se habían convertido en misioneras congregacionistas y soñaban con establecer «Mount Holyokes» por todo el mundo. La primera «miniatura» de Mount Holyoke se fundó en Persia en 1843. Fue Fidelia Fiske la fundadora de este centro de educación de mujeres, la mayoría pertenecientes a comunidades nestorianas persas, en Oroomiah. También siguiendo el modelo de Mount Holyoke, se creó el Cherokee Seminary, en 1851, en el Oeste norteamericano, que entonces era considerado como territorio indio, instigado por el jefe de la nación cherokee, John Ross. «En el más oscuro y solitario rincón del mundo, escondido tras las montañas del Kurdistan», las hermanas Charlotte y Mary Ellis habían fundado, en 1868, el Mount Holyoke Semi-

---

[16] R. Horsman, *La raza y el Destino Manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, México, FCE, 1985.

[17] E. Putman Gordon, *Alice Gordon Gulick. Her Life and Work in Spain*, Nueva York, Fleming H. Recvell Company, 1917, pp. 109-110.

nary, en la pequeña localidad de Bitlis, Turquía; en 1874 se inauguraba el Huguenot Seminary en Wellington, Sudáfrica. Tampoco fue una novedad la idea de que la institución educativa fuera un internado. Desde la apertura de la primera réplica de Mount Holyoke, en la antigua Persia, las misioneras estuvieron de acuerdo en que era necesario aislar a las alumnas de la influencia de su entorno. «Poco, sin embargo, podía hacerse por ellas mientras que no fuesen separadas de la degradación de sus medios»[18].

Alice Gordon Gulick, para realizar su proyecto de un Mount Holyoke español, buscó el apoyo de su organización, la Woman Board of Missions, y también de reformistas americanas todas ellas vinculadas a los *colleges* femeninos. Tras estar unos años en Santander, en 1881 el matrimonio Gulick y sus hijos lograron la autorización de su organización para trasladarse a San Sebastián[19].

El ambiente de San Sebastián fue menos opresivo para los Gulick que el de Santander. Lograron integrarse con éxito en los círculos liberales vascos y contaron con el apoyo de los institutos públicos. Allí crearon dos centros educativos. Uno para varones y un internado, el Colegio Norteamericano, centrado en la educación femenina. Alice Gulick pretendía que las mujeres españolas accedieran, aunque fuera por libre, a la universidad. Después de hacer muchas gestiones entre los círculos liberales donostiarras, las alumnas iniciaron su preparación para realizar los exámenes de bachillerato y poder así acceder a la educación superior. Tuvieron el apoyo de nuevas profesoras, Catherine Barbour, que había estudiado en Mount Holyoke; Anna F. Webb, licenciada de Wellesley, y la profesora de francés Dora Zerk. El 9 de junio de 1891, catorce alumnas del Colegio Norteamericano pasaron con éxito los exámenes de bachillerato que eran públicos y orales en el Instituto de San Sebastián[20].

Los éxitos alcanzados hicieron que la labor de Alice Gordon Gulick para implantar su Mount Holyoke español se incrementara. Desde 1890 hasta 1892, Alice Gulick residió en los Estados Unidos ocupada en buscar financiación para su proyecto. Aprovechando las actividades hispano-norteamericanas organizadas por la conmemoración del cuarto centenario colombino, realizó una incansable labor. Conferencias, reuniones y artículos en la prensa hicieron que todos los reformistas norteamericanos conocieran su obra educativa en España. Los fondos conseguidos así como la legislación española, que prohibía a comunidades protestantes adquirir propiedad en España, motivaron su decisión de fundar en 1892 la Corporación del Instituto Internacional, con sede en Boston, aconfesional e independiente de la American Board of Missions, para dirigir su deseado Mount Holyoke español. Desde el primer momento, representantes de las tres grandes universidades femeninas: Smith, Mount Holyoke y Wellesley estuvieron presentes en la corporación de Boston. Profesores, pastores protestantes y educadores fueron el resto de sus miembros. La finalidad era la de llegar a construir y financiar un centro de educación universitaria para mujeres españolas.

---

[18] S. Stowe, «Institutions modeled after Mount Holyoke Seminary», cap. XXI, *History of Mount Holyoke Seminary during Its First Half Century, 1937-1887*, South Hadley, Mount Holyoke Female Seminar, 1887.

[19] El Archivo del International Institute for Girls in Spain se conserva en 53 cajas en Smith College, Estados Unidos. Su catálogo se inicia con una pequeña historia de la labor educativa de Alice Gordon Gulick, que se ha utilizado en este trabajo. En la serie IV de la colección se encuentra una interesante historia del Instituto escrita por J. Connelly Ullman, «An Outline History of the International Institute for Girls in Spain, 1877-1980». Véanse también S. Huntington Vernon, «The International Institute at Madrid», *Hispania* 12 (1929), pp. 279-286, y C. de Zulueta y A. Moreno, *Ni convento ni college. La Residencia de Señoritas*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes-CSIC, 1993.

[20] Cipriano Tornos, pastor protestante de Madrid, fue un espectador de excepción de esos primeros exámenes orales y envió sus impresiones a Mount Holyoke. Véase S. Stowe, *op. cit.*, pp. 344-345.

Afinidades culturales y redes educativas

Los proyectos educativos de los reformadores norteamericanos en España pronto les acercaron a profesores universitarios e intelectuales vinculados a la krausista Institución Libre de Enseñanza. Los contactos, las reuniones y los cambios de impresiones cada vez fueron más frecuentes.

El primer contacto entre los institucionistas y el matrimonio Gulick fue temprano. A partir de 1880, Alice Gordon Gulick se reunió periódicamente con ellos. En Hendaya visitó a Santiago Ineraty, padre de Emilia Ineraty. Emilia había pasado su niñez en Estados Unidos, en Boston. Y curiosamente había asistido al mismo colegio que Alice Gordon Gulick. Las dos niñas se habían hecho grandes amigas y se recordaron siempre con mucho cariño. Ineraty era amigo de Francisco Giner de los Ríos. Y su hija Emilia, la antigua amiga de Alice, se había casado con Gumersindo de Azcarate. Aunque Emilia había fallecido, la relación de los Gulick con Gumersindo Azcárate fue íntima.

Pero no sólo existieron lazos amistosos entre los Gulick y los institucionistas. Muy pronto se dieron cuenta de la existencia de una preocupación compartida por los reformadores americanos y los españoles: la educación integral y los medios pedagógicos para lograrla.

El estallido de la Guerra Hispano-Norteamericana de 1898 sorprendió a Alice Gordon Gulick otra vez en Estados Unidos en plena campaña para lograr fondos para su empresa. Durante la guerra, el Colegio de San Sebastián se trasladó a Biarritz. Curiosamente, la Guerra entre España y los Estados Unidos fue favorable para la labor de la señora Gulick. Muchos de los reformadores norteamericanos no estuvieron de acuerdo con la actitud bélica e imperialista norteamericana y le otorgaron grandes donaciones para su empresa española. También la señora Gulick obtuvo las simpatías de las autoridades españolas durante la Guerra. El Gobierno norteamericano consideró que Alice Gulick era la persona ideal para atender a los prisioneros de guerra españoles. Actuó como intérprete entre los médicos y los enfermos, de intermediaria entre los prisioneros y las autoridades y, sobre todo, coordinó la ayuda que los reformistas americanos recogían para los prisioneros. Terminada la guerra, Alice había reunido los fondos aportados por misioneros y educadores norteamericanos, para comprar un solar y edificar su proyectado centro de educación femenina. Por consejo de sus amigos institucionistas, y con el Gobierno de España agradecido, Alice consideró que la ciudad adecuada era Madrid, sede de la mayor universidad española, la Universidad Central[21]. En 1901 la Corporación del Instituto Internacional, con la asesoría legal de Gumersindo Azcarate, compró un edificio en la calle Fortuny de Madrid. En 1902, se compró un segundo solar en la calle Miguel Ángel y, un año después, se trasladaron las alumnas y profesores desde Biarritz a Madrid. Se había creado el Instituto Internacional. Pero en 1903, Alice Gordon Gulick, enferma de tuberculosis y agotada por su incansable actividad educativa y filantrópica, falleció. Sus restos descansan en el Cementerio Civil de Madrid.

El Instituto Internacional no llegó a ser nunca un Mount Holyoke. Era imposible. Las mujeres españolas no eran todavía universitarias. La legislación no lo permitía. Lo que se creó fue una institución –de nuevo un internado– con la finalidad de ayudar a preparar a las mujeres para examinarse en los institutos y acceder por libre a la universidad. También organizaron cursos en biblioteconomía para formarse en profesiones «de mujeres» y completar así educación. Las ac-

[21] C. de Zulueta y A. Moreno, *op. cit.*, pp. 73-88.

tividades culturales del Instituto servían también para completar la formación «integral» de sus alumnas y simpatizantes[22]. Muchas de las profesoras americanas del Instituto procedían de los *colleges* femeninos de la costa Este de los Estados Unidos, sobre todo de Smith; Vassar; Wellesley y, por supuesto, Mount Holyoke. Recordemos además que en el Comité directivo del Instituto con sede en Boston estaban los presidentes de estos *colleges* femeninos, además de otros educadores y filántropos.

Tras la muerte de la fundadora y, sobre todo, con la entrada en la Primera Guerra Mundial de los Estados Unidos, en 1917, se inicia una nueva etapa de la historia del Instituto Internacional caracterizada por un alejamiento de los principios religiosos protestantes y un acercamiento más intenso a los sectores liberales de la sociedad española próximos al krausismo. La nueva directora fue la hija de Archer Huntington, que, como señalamos, fue el fundador de la Hispanic Society. Susan Huntington le dio un nuevo impulso al Instituto. Susan se había licenciado en Wellesley College y, mucho más joven que los Gulick, tenía una concepción de la educación femenina menos religiosa y más «patriótica». Susan estaba convencida de que la educación era el vehículo imprescindible para el progreso nacional. Antes de incorporarse a la dirección del Instituto en Madrid, había trabajado, nombrada por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, como decana en el Departamento de Educación de la Universidad de Puerto Rico. Es decir, había asumido un cargo político importante: el de reconducir la educación universitaria puertorriqueña, hasta 1898 similar a la española, hacia el modelo norteamericano. Susan Huntington intensificó los lazos con los institucionistas españoles. Colaboró con José Castillejo, secretario de la Junta de Ampliación de Estudios, sobre todo, desde la fundación, también en la calle Fortuny, de la Residencia de Estudiantes, en 1910, vinculada a la Junta. En 1915 se fundó, también por la Junta de Ampliación de Estudios, el Grupo de Señoritas que se instaló en los locales que la Residencia de Estudiantes tenía en Fortuny y que había abandonado al trasladarse a los edificios de los Altos del Hipódromo[23].

En 1917 la Junta de Ampliación de Estudios y el Instituto Internacional firmaron un acuerdo de colaboración. Durante la Gran Guerra los contactos entre España y Estados Unidos eran difíciles. La vida en Madrid encareció y los gastos del Instituto aumentaron. El Comité Directivo del Instituto Internacional decidió ofertar a la Junta de Ampliación de Estudios el alquiler de sus dos edificios de Madrid con la única condición de que lo dedicasen a la educación de la mujer española. La Junta de Ampliación de Estudios aceptó y dedicó el Instituto a dos de sus instituciones: la Residencia de Señoritas y el Instituto Escuela[24].

La gran etapa del hispanismo norteamericano se inició también durante la Gran Guerra. La entrada en la contienda de los Estados Unidos contra Alemania, en el año 1917, ocasionó que se tomaran medidas drásticas contra la enseñanza del alemán y que se recomendase el estudio del español por razones políticas –el acercamiento a América Latina– y también culturales.

El sentimiento contra Alemania se extendió muy pronto por los Estados Unidos. Tanto en las escuelas como en las universidades se suprimió el estudio de la lengua alemana. Así, por ejemplo, el Consejo Escolar de Nueva York prohibió la enseñanza del alemán y recomendó a

---

[22] C. de la Guardia, «Estados Unidos y España. El Instituto Internacional como confluencia de culturas», *Primer Simposio España-Estados Unidos. Una mirada desde el Instituto Internacional*, Madrid, Instituto Internacional, 2002.

[23] A. Jiménez-Landi, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, vol. IV, Madrid, Ministerio de Cultura, UCM, 1996, pp. 97-100.

[24] C. de Zulueta, *Misioneras, feministas y educadoras. Historia del Instituto Internacional*, Madrid, Castalia, 1984; y también *Cien años de educación de la mujer española: historia del Instituto Internacional*, Madrid, Castalia, 1992.

todos los profesores que impartían esa disciplina que se preparasen para enseñar otras lenguas, preferiblemente español, a partir de septiembre de 1917. Estas prohibiciones impulsaron el hispanismo en Estados Unidos. En las grandes escuelas de lenguas, como la de Middlebury College, en Vermont, en donde sólo se enseñaba alemán y francés, se fundaron «escuelas españolas». Stephen A. Freeman, que escribió *The Middlebury College Foreign Language Schools*, nos recuerda cómo el año en que se fundó la escuela española se matricularon más de 60 estudiantes, la mayoría con apellidos alemanes. Todos eran profesores de alemán y tuvieron que transformarse «por mandato» y enseñar español[25].

Las estrechas relaciones entre las universidades americanas, que habían apoyado los proyectos españoles de Alice Gordon Gulick, y los organismos vinculados a la Institución Libre de Enseñanza fueron ahora muy útiles[26]. La Junta de Ampliación de Estudios, creada en 1907 para, entre otras cosas, luchar contra «el aislamiento de movimientos científicos y pedagógicos impulsados desde otras naciones», supo aprovechar este empuje norteamericano y enseguida ofreció una colaboración estrecha y recíproca. Lo hizo sobre todo a través del Centro de Estudios Históricos que entonces dirigía Menéndez Pidal[27]. Como afirmaba José Castillejo en un artículo publicado en Estados Unidos en 1919, «La Junta para la ampliación de Estudios [...] ha contribuido a impulsar y a estrechar las relaciones culturales entre España y los Estados Unidos»[28].

En 1919 el Gobierno español envió una propuesta oficial de colaboración cultural a los Estados Unidos. Poco después, en representación del ministro de Instrucción Pública, José Castillejo, presidente de la Junta, viajaba durante dos meses por Estados Unidos. Visitó numerosas universidades e instituciones culturales y se entrevistó con expertos educadores. Al final de su viaje, Castillejo presentó un plan de trabajo a todas las instituciones que ofertaron colaborar con España. Aprovechando la relación previa entre algunas de las instituciones impulsadas y apoyadas por la Junta en Madrid, entre ellas el Instituto Internacional para Señoritas de Alice Gordon Gulick, y las universidades americanas, Castillejo, en nombre del Gobierno español, ofreció plazas en los laboratorios y departamentos universitarios españoles para estudiantes graduados norteamericanos. «Los siguientes Departamentos serán de especial interés para estos estudiantes: Filología y literatura española; Historia del Arte español; Paleontología y Prehistoria. En algunos casos los Departamentos de Geología, Botánica y Zoología también pueden ser de interés». También les informó de la existencia de «Cursos de verano para extranjeros», y de la posibilidad de alojarse en la Residencia de Estudiantes y en la de Señoritas. Castillejo, además, ofreció la posibilidad de enviar a las universidades americanas a licenciados españoles para «dar determinadas horas de conversación en español [...] o en el aula o en una Casa Española organizada de la misma manera que la Casa Francesa que ya existe». A su vez, habló de la posibilidad de enviar profesores ayu-

---

[25] S. A. Freeman, *The Middlebury College Foreign Language Schools. The Story of a Unique Idea*, Middlebury, The Middlebury College Press, 1975.

[26] Sobre las relaciones culturales entre España y los Estados Unidos, véase A. Niño, «Las relaciones culturales como punto de reencuentro Hispano-Estadounidense», en L. Delgado y M.ª Dolores Elizalde (eds.), *España y los Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, 2005, pp. 57-94.

[27] Sobre la Junta de Ampliación de Estudios véase: *1907-1987. La Junta de Ampliación de Estudios y de Investigaciones científicas 80 años después. Simposio Internacional Madrid, 15-17 de diciembre de 1987*, 2 vols., J. M. Sánchez Ron (coord.), Madrid, CSIC, 1988. También T. Martín Eced, *Innovadores de la educación en España: becarios de la Junta de Ampliación de Estudios*, Servicio de Publicaciones de la Junta de Castilla La Mancha, 1991; y J. Formentin Ibáñez, *Relaciones culturales entre España y América. La Junta de Ampliación de Estudios*, Madrid, Mapfre, 1992.

[28] J. Castillejo, «Intellectual relations between Spain and the United States. Plans proposed by the Junta para la ampliación de Estudios», *Hispania* 2, 5 (1919), pp. 242-248.

dantes y visitantes para enseñar español y cursos de literatura y cultura española. La Junta invitó a Madrid a «profesores e investigadores americanos [...] para investigar en laboratorios y enseñar sus métodos especialmente en Ciencias como Biología, Psicología y Física»[29].

El viaje por los Estados Unidos del presidente de la Junta de Ampliación de Estudios fue muy fructífero. En el mes de Septiembre, la Junta firmaba un acuerdo con el Smith College para el intercambio de becarias entre la institución femenina americana y la Residencia de Señoritas que, como ya hemos señalado, ocupaba la sede del Instituto Internacional. Así, Milagros Alda viajaba, ese mismo año, becada por la Junta a Massachusetts.

Los contactos se multiplicaron. Teniendo en cuenta las relaciones previas de Alice Gordon Gulick, de Susan Huntington y de los institucionistas con las universidades femeninas de la Costa Este de los Estados Unidos, lo que ocurrió fue que se intensificaron las relaciones con estas instituciones de Educación Superior. De nuevo el Smith College, el Bryn Mawr College; el Wellesley College y el Vassar College se repetían como lugar de destino de españolas y españoles y de origen de muchos de los profesores y estudiantes estadounidenses que acudían a ampliar estudios a España. También fueron estas instituciones las primeras en acoger a los intelectuales españoles republicanos tras la contienda. Antes del estallido de la Guerra Civil Española, las hermanas Arsenia y Justa Arroyo Alonso viajaron al Bryn Mawr y al Smith College respectivamente para perfeccionar sus estudios de Química[30]. Dorotea Barnés González se trasladó poco después al Smith College para realizar estudios de Química y Física. Y también lo hicieron Carmen Castilla Polo en 1921 y muchas otras[31]. Las semillas de lo que desde la Guerra Civil fue un verdadero aluvión de profesores estaban ya sembradas.

Las universidades norteamericanas aceptaron sobre todo a licenciados y doctores que trabajaron como profesores de español, pero España estaba muy interesada en utilizar los recursos de las universidades estadounidenses para incrementar el desarrollo científico de las instituciones educativas e investigadoras españolas. Muchos científicos y científicas, como ya hemos resaltado, se trasladaron a Estados Unidos. Fue llamativa la presencia de investigadores vinculados a las diferentes especialidades médicas. Así, el médico Rosendo Carrasco se trasladaba a Harvard en 1920[32]. También Manuel Clavel realizó una estancia de un año en Nueva York trabajando sobre tumores óseos malignos[33].

Pero no sólo los profesores e investigadores españoles se beneficiaron de las intensas relaciones culturales entre los dos países. La Junta de Ampliación de Estudios organizó, a partir de 1911, cursos de verano para extranjeros sobre lengua y literatura española. El peso en ellos de los estudiantes de los Estados Unidos, a partir del viaje de Castillejo, fue asombroso. Así, de los 123 alumnos del año 1921, 99 fueron estadounidenses. También fueron muy estrechas las relaciones del Centro de Estudios Históricos y las universidades norteamericanas. Los cursos de verano para extranjeros fueron dirigidos por profesores del Centro de Estudios Históricos y contaron en su subdirección con profesores prestigiosos que trabajaban en Estados Unidos. Así, el curso de 1924 lo dirigió Tomás Navarro Tomás y el secretario fue Felipe Morales Satién que, además de ser colaborador del Centro, era profesor de la Universidad de Southern California[34]. Instituciones específicas norteamericanas como el Spanish Bureau del Institute of Internatio-

---

[29] *Ibid.*, p. 247.
[30] Residencia de Estudiantes, Archivo de la Junta Ampliación de Estudios, pp. 12-557.
[31] *Ibid.*, pp. 33-387.
[32] *Ibid.*, pp. 31-273.
[33] *Ibid.*, pp. 36-534.
[34] «El Decimotercero curso de verano para extranjeros del Centro de Estudios Históricos de Madrid», *Hispania* 7, 6 (1924), pp. 400-406.

nal Education de Nueva York se encargaron de agrupar y ayudar a los profesores que querían asistir a los cursos[35]. Los cursos se desarrollaban en la Residencia de Estudiantes.

En un discurso pronunciado en la apertura del curso de verano del año 1921, el profesor Lawrence A. Wilkins, vicepresidente de la Asociación de Profesores de Español, de los Estados Unidos, reconocía la importancia cada vez mayor de la enseñanza del español en Norteamérica. «Se estima que en todos los Estados Unidos, en las instituciones docentes de todas las categorías, unos trescientos mil niños y jóvenes se dedican al aprendizaje de español», afirmaba Wilkins, «[...] El castellano va convirtiéndose cada vez más en un lazo que unirá estrechamente a nuestras dos naciones [...]», concluía[36]. La relación entre el Centro de Estudios Históricos y el hispanismo en los Estados Unidos era cada vez más estrecha. Como reconocía el profesor Shulz, también de la Universidad de Southern California, en la apertura del Decimotercero curso de verano, «Ninguna Universidad de los Estados Unidos considera que el cuadro de sus profesores está completo hasta que uno o más españoles figuran incluidos en la facultad de estudios de español. ¿Y quienes son estos profesores españoles?», se preguntaba el profesor Shulz, «No sorprende saber que en su gran mayoría tienen relación más o menos directa con el Centro de Estudios Históricos; la mayoría han ido allí solicitados por nuestras universidades al director de esta institución», concluía Shulz en 1924[37].

Estos lazos que se trenzaron durante el periodo de entreguerras entre el Centro de Estudios Históricos y las universidades americanas fueron vitales para comprender el destino hacia los Estados Unidos de muchos intelectuales españoles republicanos.

También fue muy importante la labor de la Junta para impulsar la creación de nuevas instituciones norteamericanas destinadas a incrementar el hispanismo. En Nueva York se fundó el Instituto de las Españas, dirigido por el delegado de la Junta en Estados Unidos, Federico de Onís, profesor y organizador del Departamento de Español de la Universidad de Columbia. Onís tenía muy buenas relaciones con los hispanistas americanos. En el documento de organización de la nueva institución, se enumeran quince fines del organismo. Intercambiar profesores y estudiantes, organizar exposiciones, crear bibliotecas y publicar libros y folletos eran los más importantes. La «hispanidad» del centro se plasmó en el sello de la institución. La Dama de Elche con el lema de Rubén Darío, *Sangre de Hispania fecunda*, escrito de puño y letra por Federico García Lorca, era el símbolo del nuevo organismo. Al principio, la sede del Instituto no fue estable. Distintos recovecos de la Universidad de Columbia bastaron. Pero pronto tuvo su sede, la Casa de las Américas, y empezó a publicar la *Revista de Estudios Hispánicos* y, desde 1934, la *Revista Hispánica Moderna*. El instituto invitó como conferenciantes a muchos representantes de la cultura española del periodo de entreguerras. Entre ellos destacan Gabriela Mistral, Salvador de Madariaga, Gregorio Martínez Sierra, Federico García Lorca, Valle Inclán, Benavente, Alberti y Dalí[38]. Tras la guerra el Instituto de la Españas acogió una serie de grandes producciones teatrales realizadas por el Grupo Dramático del Instituto en donde participaron, entre otros, Laura de los Ríos y Francisco García Lorca; Margarita Ucelay y Ernesto da Cal, Teresa Castroviejo de Escobal y también el poeta cubano Eugenio Florit[39].

---

[35] «Curso de vacaciones para estudiantes extranjeros», *Hispania* 4, 5 (1921), pp. 251.

[36] *Ibid.*, pp. 244-251.

[37] «El Decimotercero Curso de Verano para Extranjeros del Centro de Estudios Históricos de Madrid», *Hispania* 7, 6 (1924), p. 404.

[38] T. S. Beardsley, «Insituciones norteamericanas dedicadas al hispanismo», p. 201.

[39] Vease también M. Ucelay, «The Hispanic Institute in the United States», *Estafeta Literaria* 487 (1972), pp. 488-491.

En 1929 y, gracias a la iniciativa de Gregorio del Amo y de su mujer, se fundó la Fundación del Amo, que impulsó un prestigioso programa de intercambio entre la Universidad Complutense y la Universidad de California[40].

Emigrados republicanos en Estados Unidos

La implacable política de neutralidad de los Estados Unidos al iniciarse la Segunda Guerra Mundial, en 1939, no contribuyó a generar una ayuda gubernamental a los españoles republicanos[41]. Pero los intensos contactos culturales entre España y los Estados Unidos, tejidos durante la década de los veinte y de los treinta del siglo XX, posibilitaron la llegada de republicanos sobre todo a los departamentos de español de numerosas universidades norteamericanas.

Los primeros intelectuales republicanos en instalarse en los Estados Unidos estaban vinculados al Centro de Estudios Históricos. Durante la Guerra Civil, la correspondencia entre los intelectuales españoles que residían y luchaban en España vinculados al Centro y aquellos que trabajaban en las universidades y otras instituciones estadounidenses fue continua. «Don Ramón ha inaugurado unos cursos en la Columbia University», escribía Homero Seris desde Nueva York a Tomás Navarro Tomás en 1937[42]. «No sé nada de nadie de Valencia, no sé si reciben ustedes mis cartas», comentaba, visiblemente preocupado, José F. de Montesinos a Navarro Tomás desde Washington[43]. En una carta publicada el 26 de mayo de 1938 en *La Vanguardia*, Federico de Onís se dirigía a Navarro Tomás y Antonio Machado desde Nueva York. «Señores Don Antonio Machado y Don Tomás Navarro Tomás: Muy queridos amigos. He seguido desde muy lejos, donde el destino me puso hace más de veinte años, vuestra labor y la de otros intelectuales españoles que en esta hora grande y trágica de España han cumplido sencillamente con su deber, [...] el deber me ha mantenido a mí en mi puesto de esta universidad norteamericana consagrado a mis clases y a la obra de relaciones culturales con los Estados Unidos, la América española y el pueblo sefardí que aquí llevamos a través del Instituto de las Españas», escribía Onís, «[...] después, amigos míos, si el gobierno triunfa yo volveré a mi independencia y aislamiento de toda actitud política pero si el gobierno fracasa seguiré vuestra suerte por pensar lo mismo que vosotros», concluía ofreciendo toda su ayuda a los republicanos españoles Federico de Onís desde Estados Unidos. La respuesta de Antonio Machado a la ayuda del profesor español en Columbia fue en verso:

> A Federico de Onís:
> Para ti roja flor
> que antaño fue blanca lis,
> con el aroma mejor
> del huerto de Fray Luis [44].

---

[40] A. Niño, *op. cit.*, pp. 88-90.

[41] A. Alted, *La voz de los vencidos. El exilio republicano*, Madrid, Santillana, 2005, pp. 302-306.

[42] Homero Seris a Navarro Tomás, Nueva York, 30 de septiembre de 1937, Residencia de Estudiantes. Archivo de la Junta de Ampliación de Estudios.

[43] José F. Montesinos a Navarro Tomás, Washington 16 de octubre de 1937, Residencia de Estudiantes, Archivo de la Junta de Ampliación de Estudios.

[44] M. Alonso con la colaboración de A. Tello, *Antonio Machado. Poeta en el exilio*, Barcelona: Anthropos, 1985, pp. 290-296.

En 1937, en plena Guerra Civil, como le comentaba Homero Seris a Tomás Navarro Tomás, el director del Centro de Estudios Históricos, Ramón Menéndez Pidal, llegó a Estados Unidos e impartió cursos en la Universidad de Columbia. Pero regresó muy pronto a la España franquista.

Fue diferente para Américo Castro. Al proclamarse la República fue designado embajador en Berlín y ejerció el cargo varios meses. Durante la guerra impartió docencia en las universidades de Buenos Aires, Río de Janeiro, Wisconsin y Texas. Fue a partir de 1941 cuando decidió quedarse como profesor en la Universidad de Princeton, en donde permaneció hasta su jubilación en 1953. Tras su retiro también fue profesor de la Universidad de San Diego, en California[45].

El director de la sección de literatura del Centro de Estudios Históricos y posterior secretario general de la Universidad Internacional de Verano de Santander, Pedro Salinas, fue otro de los brillantes refugiados en Estados Unidos. En plena Guerra Civil, Salinas, que había aceptado un cargo de profesor visitante en Wellesley para el año académico 1936-1937, huía desde el palacio de la Magdalena en Santander por Francia hacia Estados Unidos. Un año después, en 1937, llegaba a Nueva York su familia, que como la de cualquier emigrante tuvo que sufrir los duros trámites de la aduana americana. «Confieso que me había pasado más de una noche en blanco pensando en el momento en que nos tocaría presentarnos ante ellos, y se me puso la carne de gallina cuando los altavoces del *Île de France* empezaron a dar instrucciones sobre lo que había que hacer durante el desembarco», contaba Jaime Salinas en sus memorias[46]. Pedro Salinas se trasladó desde Wellesley, en 1940, a la Universidad de John Hopkins: «cuyos departamentos de lenguas extranjeras gozaban de gran prestigio (Leo Spitzer, el celebre y respetado filólogo austriaco, era miembro de la sección de literatura comparada), mi padre, además de seguir impartiendo sus clases [...], podría dirigir tesis doctorales, pues era una universidad y no un *college*», escribía Jaime Salinas en sus Memorias[47].

También se refugió en Estados Unidos Jorge Guillén. Gran amigo de Pedro Salinas, impartió docencia en Wellesley College desde 1940 hasta su jubilación.

Los contactos del Centro de Estudios Históricos con las instituciones universitarias norteamericanas explican que su secretario, Tomás Navarro Tomás, se dirigiera hacia Estados Unidos tras la Guerra Civil. Navarro Tomás había desempeñado durante la guerra el difícil cargo de director y de protector de los fondos de la Biblioteca Nacional trabajando infatigablemente para salvarlos. También desde el interior de España y gracias a sus contactos, participó en la búsqueda de trabajo y lugar de exilio de muchos españoles comprometidos. «El señor embajador de México de esta capital me notificó que el Gobierno mexicano ha invitado oficialmente a varios profesores y escritores españoles para que prosigan sus actividades en aquella república durante cierto tiempo», escribía Fernando de los Ríos desde su Embajada en Washington a Tomás Navarro Tomás en 1938[48]. Tras la contienda, cruzó la frontera de Francia junto a su gran amigo Antonio Machado. Desde su llegada a Nueva York, en febrero de 1939, fue contratado por la Universidad de Columbia, en donde ya había impartido conferencias. Nunca volvió a España, falleció en Northampton en 1979 a los 91 años de edad.

También fueron colaboradores del Centro: José Fernández Montesinos, que impartió docencia en la Universidad de Berkerley, California, y Homero Seris, el gran amigo de Navarro

---

[45] V. Llorens, *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento, Biblioteca del Exilio, 2006.

[46] J. Salinas, *Travesías*, Barcelona, Tusquets, 2003, pp. 115-116.

[47] *Ibid.*, p. 125.

[48] Fernando de los Ríos a Navarro Tomás, 19 de agosto de 1938, Residencia de Estudiantes, Archivo de la Junta de Ampliación de Estudios.

Tomás, que trabajó como profesor en la Universidad de Syracuse. El historiador Ramón Iglesia fue profesor en la Universidad de Wisconsin, en donde se suicidó en 1948. En Nueva York trabajaron el poeta y crítico Ernesto Guerra da Cal y Miguel Pizarro Zambrano.

Otros profesores de lengua y literatura refugiados en Estados Unidos fueron Ángel del Río, que enseñó en la Universidad de Columbia y dirigió el Instituto Hispánico de Nueva York; el poeta y ensayista German Bleiberg, que tras su paso por las cárceles franquistas desde 1939 a 1943, fue profesor de Notre Dame, Vanderbilt, Massachusetts, Vassar College y New York University. Joaquín Casalduero fue profesor en Wisconsin y Nueva York. Ricardo Gullón tardó en viajar a los Estados Unidos. Había luchado durante la guerra en el Ejército republicano, tras una depuración de 30 meses, abandonó su pasión literaria y retomó su carrera judicial. Pero, quejoso, fue reclamado por su admirado y querido amigo Juan Ramón Jiménez, entonces profesor en Puerto Rico, para poner orden en sus papeles y archivos. Tras recibir un encargo literario de la Universidad de Texas, Gullón decidió abandonar su carrera judicial y dedicarse a la docencia y a la crítica literaria en Estados Unidos. Enseñó, primero, en la Universidad de Texas; y, después, en las de Austin, Stanford, y en la Universidad de Nueva York hasta que en 1974 llegó a la Universidad de Chicago. También enseñó en California, Davis[49]. Vicente Llorens, el historiador y gran experto valenciano sobre los exilios españoles a lo largo de la historia, enseñó durante muchos años en Estados Unidos. Se exilió primero a la República Dominicana y después a Puerto Rico. De allí pasó a enseñar, de la mano de Salinas, en la John Hopkins y, por último, estuvo años en Princeton reclamado por Américo Castro. Allí tuvo como discípulos a un nutrido grupo de hijos de exiliados como Solita y Jaime Salinas y Claudio Guillén[50].

Muchos de los profesores republicanos estuvieron antes de llegar a Estados Unidos en otros países, sobre todo de América Latina. José Rubio Bárcena enseñó en Cuba antes de aceptar un puesto en la Universidad de Los Ángeles. José Amor estuvo en Venezuela con anterioridad a ser profesor de Brown. En Argentina trabajó Joan Corominas y después enseñó en la Universidad de Chicago[51].

Pero no sólo llegaron académicos a los departamentos de español norteamericanos. Algunos autores españoles, prestigiosos por su labor literaria, iniciaron una carrera universitaria en Estados Unidos. La universidad americana siempre fue mucho más flexible y dinámica que la europea y aceptó a profesores que no necesariamente tenían una rigurosa formación académica. El escritor Ramón J. Sender fue profesor en las universidades de Nuevo México y de California. Francisco Ayala enseñó en muchas universidades, entre ellas la de la City of New York. También Luis Cernuda enseñó en Mount Holyoke tras su exilio británico. Juan Ramón Jiménez residió en Nueva York, en donde la familia de Zenobia editaba *La prensa*, periódico publicado en español que leían los exiliados. También impartió conferencias en la Universidad de Columbia, Miami y en la de Duke. Antonio Sánchez Barbudo, que había sido empleado del Ministerio de Instrucción Pública y Premio Nacional de Literatura en 1938, enseñó en las universidades de Texas y Wisconsin. Ildefonso-Manuel Gil, poeta aragonés, llegó tardé a Estados Unidos, en 1962, y lo hizo de la mano de su amigo Francisco Ayala. Enseñó en las Universidades de

---

[49] «Biografía de Ricardo Gullón» [www.cervantesvirtual.com/bib_autor/gullon/pcuartonivel.jsp?autor=gullon&conten=presentacion].

[50] De la obra de Llorens sobre el exilio resaltan la publicada en 1954 por el Colegio de México: *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra, 1823-1834*; y *también la más tardía: La emigración republicana de 1939*, publicado por la editorial Taurus en 1976, primer volumen de un libro colectivo en seis tomos sobre *El exilio español de 1939*.

[51] V. Llorens, *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano...*, cit., p. 416.

Rutgers y de Nueva Nueva York hasta su jubilación en 1982. «Para alguien tan apegado a su tierra como yo, el exilio nunca puede ser voluntario», nos recordaba Ildefonso-Manuel Gil antes de regresar a su tierra desde Estados Unidos en 1986[52].

Algunos refugiados que no tenían una formación literaria antes del exilio completaron sus estudios en Estados Unidos o publicaron sobre temas literarios y fueron considerados expertos en literatura española. Francisco García Lorca y Lusón Monguió procedían de la carrera diplomática, pero enseñaron literatura en Columbia y en Berkerley respectivamente. Una reconversión más radical fue la del músico y pintor surrealista Eugenio Fernández Granell. Militante del POUM –Partido Obrero de Unificación Marxista–, tras su paso por Francia, República Dominicana y Guatemala, viajó a Estados Unidos doctorándose en la New School for Social Research en Sociología y Antropología. Granell se convirtió en experto profesor de literatura española. Enseñó en Brooklyn College desde 1956 hasta su jubilación en 1986[53].

Muchas mujeres fueron profesoras. La mayoría, aprovechando los contactos previos de los institucionistas con los *colleges* de mujeres, ejercieron en estas instituciones educativas de la costa Este. Pilar de Madariaga en el Vassar College; Gloria Giner en el Barnard College; Concha de Albornoz en el Mount Holyoke; Isabel García Lorca enseñaba los veranos en Middlebury y desde 1947 comenzó a impartir clases en el Sarah Lawrence College, en el estado de Nueva York. Luisa Soria, tras su exilio en Suecia, trabajó en el Bryn Mawr College y en el Smith College. Carmen de Zulueta enseñó en Harvard y también en CUNY. Zenobia Camprubí lo hizo en la Universidad de Maryland. Sofía Novoa enseñó en Columbia y en el Vassar College; Concha Zardoya, que aunque había nacido en Chile era hija de españoles, fue considerada una de las figuras más importantes del hispanismo americano. Tras la guerra se doctoró en la Universidad de Illinois y después enseñó en los departamentos de español de Tulane; California; Yale; Indiana; y por último en Boston. Además de una ingente obra poética, Concha publicó ensayo y emprendió una gran labor como traductora[54].

Estos hispanistas, la mayoría exiliados forzosos, trabajando alejados de su medio, buscaron siempre la oportunidad de reunirse. En el Middlebury College, todos los veranos, muchos de ellos reproducían tertulias y costumbres españolas. La Escuela Española de Middlebury College era una de las escuelas que organizaban cursos de lengua y cultura durante los meses de julio y agosto en esa pequeña universidad de Vermont. Dirigida por el amigo de Federico García Lorca, Juan Centeno, desde 1931 hasta 1949, la Escuela siempre había mantenido estrechas relaciones con los intelectuales republicanos. Como señala Isabel García Lorca en *Recuerdos míos*, Middlebury «en la vida de los exiliados españoles jugó un papel importantísimo y en nuestra familia muy especialmente. Paco y Laura –se refiere a Laura de los Ríos– se casaron en Middlebury en el verano de 1942»[55]. Casi todos los profesores españoles en Estados Unidos enseñaron en una u otra época en Middlebury. Pedro Salinas, López Rey, el pianista Joaquín Nin Culmell, Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Fernando de los Ríos, Francisco e Isabel García Lorca, Sofía Navoa, Joaquín Casladuero, entre otros, fueron habituales de Middlebury College.

No todos los «desterrados» enseñaron lengua y literatura. Fernando de los Ríos, catedrático de Ciencia Política en la Universidad Central de Madrid, embajador en Washington durante la

---

[52] J. Ortega, «Ildefonso-Manuel Gil», *El País*, 27 de agosto de 1985.

[53] Una excelente biografía de Granell en la página de la fundación que lleva su nombre [www.fundacion-granell.org/historia_biografia/index.php].

[54] V. Llorens «Mujeres de una migración», *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano...*, cit., pp. 437-454. R. Johnson, «Spanish Emigres of 1939 as Professors and Scholars in the US», *Hispania* 80, 2 (1997), pp. 256-267.

[55] I. García Lorca, *Recuerdos míos*, Barcelona, Tusquets, 2002.

Guerra Civil, fue profesor de Ciencia Política en la New School for Social Research de Nueva York, centro que sirvió de refugio a exiliados de los totalitarismos del siglo XX, sobre todo, del nazismo. El arquitecto mallorquín José Luis Sert sustituyó a Walter Gropius como decano de la Escuela de Arquitectura de Harvard. Ferrater Mora enseñó Filosofía en el Bryn Mawr College[56]. Fueron también muchos los médicos investigadores que encontraron refugio en Estados Unidos. En Bioquímica crearon una gran escuela de la que en la actualidad se beneficia la investigación española. En el Departamento de Bioquímica de la Escuela Médica de la Universidad de Nueva York, realizó sus trabajos Severo Ochoa y creó su brillante escuela. Entre sus discípulos resaltan Margarita Salas y Eladio Viñuela, que tan importantes han sido para el desarrollo de esta disciplina en España. Otros médicos e investigadores en el exilio norteamericano fueron Juan Negrín, Antonio Griñó, Manuel Manrique, Félix Martí Ibáñez, Rafael Lorente de No, Marcelino Pascua, Guillermo Angulo, Jaime Pi Sunyer y muchos más[57].

En este proceso de refugio de republicanos españoles en Estados Unidos, merece una reflexión especial y un lugar muy destacado la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras.

Recordemos que la Guerra Hispano-Norteamericana de 1898 no supuso la independencia para Puerto Rico. Tras el Tratado de París de 1898, Puerto Rico fue cedida por España a los Estados Unidos. El *Acta Foreker*, de 1900, estableció que el presidente de los Estados Unidos designaría al gobernador de la isla. El *Acta Jones*, de 1917, concedió la ciudadanía estadounidense a los puertorriqueños y el derecho de elegir a los miembros de las Cámaras en donde recae el poder legislativo. Desde 1948, los puertorriqueños pueden elegir a su gobernador y, desde 1952, Puerto Rico es un Estado Asociado dentro de la Unión de los Estados Unidos de América[58].

La transición desde la cultura y los valores propios e hispánicos hacia unas pautas culturales estadounidenses no fue sencilla para los puertorriqueños. Vimos cómo una de las primeras medidas del Gobierno de los Estados Unidos para lograr la americanización de la isla fue cultural: nombrar a Susan Huntington como decana de la Universidad para trabajar en la reconversión del centro educativo. La insistencia con la enseñanza en inglés en todas las instituciones educativas era una prioridad para Washington.

Sin embargo, durante los años treinta se produjo un renacer del nacionalismo cultural en Puerto Rico. Lo hispano se reivindicaba frente a los envites de la cultura y las costumbres de los Estados Unidos, que cada vez primaban más en la isla[59].

Este renacer del hispanismo no fue siempre progresista. Algunos intelectuales puertorriqueños identificaron lo español con el catolicismo, la monarquía y una gran estratificación social. Pero otros se acercaron y admiraron toda la producción cultural de la España de la Segunda República y de la guerra.

Cuando estalló la Guerra Civil Española y durante la Dictadura franquista, la postura oficial de la isla era similar, no podía ser de otra manera, a la del Gobierno de los Estados Unidos. El gobernador de Puerto Rico, como dirigente de un Estado Asociado a los Estados Unidos, compartía sus principios en política exterior. Puerto Rico, por lo tanto, tampoco reconoció el estatuto de refugiados políticos para los españoles. Sin embargo, ocurrió lo mismo que había ocurrido en Estados Unidos. La universidad, de nuevo, se alzó como un lugar de acogida y de refugio

---

[56] V. Llorens, *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*, cit., p. 418.

[57] *Ibid.*, pp. 419-420.

[58] J. McGeehan y M. Gall, *US History and Government*, Nueva York, Barron´s Educational Series, 1990, p. 251.

[59] C. Naranjo Orovio, M.ª D. Luque y M. Á. Puig-Sámper, *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, 2002.

para todos los perseguidos republicanos. Y además fue un lugar de llegada muy querido por todos los españoles. La excelente acogida, la similitud de la lengua, de muchas de las costumbres, la belleza y la calidez de Puerto Rico hicieron que muchos republicanos consideraran a la isla como el mejor de los lugares para el exilio.

Gran parte de los profesores españoles que impartieron docencia en Estados Unidos pasaron antes o después por la Universidad de Puerto Rico. Fue durante el Gobierno del gobernador de la isla de origen puertorriqueño, Luis Muñoz Marín, y coincidiendo con el rectorado en la Universidad de Jaime Benítez, cuando la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras, inició una política de atracción de los profesores españoles perseguidos por el franquismo.

Jaime Benítez se había educado en distintas instituciones universitarias de los Estados Unidos. Experto y admirador de Ortega y Gasset, sobre el que escribió su tesis, fue partidario de un hispanismo «progresista». Intentó muchas veces que Ortega enseñara en Puerto Rico, pero no lo logró. Sin embargo, llegaron a establecer una relación muy estrecha. «Conocí a don José Ortega y Gasset en un pintoresco y deshabitado pueblecito del lejano Oeste de Estados Unidos. [...] Bajo la inspiración de Robert Hutchins y el patronato de la Fundación Ford, se celebró en Aspen, Colorado, en junio de 1949, el primer centenario de la muerte de Goethe, con el concurso de gran parte de la intelectualidad de Norteamérica y la participación destacada de Albert Schweitzer y José Ortega y Gasset», escribía Bénitez, «Era su primer y único viaje a Estados Unidos. Por mi parte, iba exclusivamente a verle cara a cara. Entre los vivos, era la persona a quien más debía intelectualmente, y le guardaba esa gratitud especial que sienten los discípulos por sus grandes maestros», concluía[60]. La influecia de Ortega se apreció en la organización de la propia Universidad.

Considerando que la Universidad de Puerto Rico debía ser una institución moderna, progresista y bilingüe, buscó a muchos de sus profesores entre los republicanos españoles y también entre grandes intelectuales latinoamericanos. Los emigrados españoles no sólo pertenecieron al campo de la lengua y de la literatura. De nuevo politólogos, científicos y expertos en otras disciplinas tuvieron cabida en este excelente centro educativo. Así, el politólogo Manuel García Pelayo y el filósofo Antonio Rodríguez Huéscar fueron profesores en Río Piedras. Pero también acudieron masivamente los expertos en lengua, literatura y cultura españolas: Francisco Ayala, Carlos y Juan Marichal, Tomás Navarro Tomás, Francisco García Lorca, Vicente Llorens... «Esto es mejor que Santo Domingo, pero la misma presencia de lo norteamericano en la vida exterior le hace sentir más nostalgia de lo español. ¿Os acordáis de aquel viaje a Toledo? *Sic Transit* [...]», escribía Llorens a su amigo Eduardo Ranch desde Puerto Rico en 1946[61]. También enseñaron muchos poetas: entre ellos Pedro Salinas, Claudio Guillén, Luis Cernuda y Juan Ramón Jiménez, que falleció allí en 1958. Poco antes, en 1956 cuando le concedieron el Nóbel, fue el propio rector, Jaime Benítez, el que viajó a Estocolmo para recogerlo.

La llegada masiva de refugiados españoles también contribuyó a los objetivos de Benítez. La Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras, logró tener un sello propio y diferente del de las universidades estadounidenses[62].

---

[60] J. Ortega Spottorno, «Jaime Benítez, defensor del castellano», *El País*, 8 de junio de 2001.

[61] Vicente Llorens a Eduardo Ranch, 2 de junio de 1946. V. Llorens, *Estudios y ensayos*...41.

[62] F. García-Moreno, «La Universidad de Puerto Rico como institución acogedora de intelectuales españoles exiliados en la trasguerra civil de 1936», en M.ª Teresa González de Garay Fernández y J. Aguilera Sastre (eds.), *El exilio literario de 1939: Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de la Rioja del 2 al 5 de noviembre de 1999*. Véase también J. Benítez, «La Universidad de Puerto Rico y el exilio español», *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe 1939-1989*, A Coruña, Edicións do Castro, 1991, pp. 61-68.

Estados Unidos nunca reconoció el estatuto de refugiados políticos a los emigrados españoles republicanos. Pero las redes intelectuales y educativas, tejidas desde el siglo XIX entre España y los Estados Unidos, posibilitaron la salida de muchos escritores e intelectuales republicanos españoles. Estos profesores, con su trabajo, contribuyeron a la génesis y al reforzamiento del hispanismo en Estados Unidos. Desde la distancia, desde el dolor, desde la ausencia recrearon aquella historia y cultura que, aunque propia, muchos querían convertirla en ajena. Es Vicente Llorens, que tanto sintió y pensó el exilio, quién desde los Estados Unidos escribía:

> Pues vivir así supone una alteración esencial de la existencia humana, que se equilibra siempre, aunque en forma inestable y cambiante entre dos términos tan opuestos como necesarios: el pasado y el futuro. El desterrado, falto de uno de ellos, padece una especie de mutilación irremediable, si es que no se siente en forma más irreparable todavía, privado de ambos, paralizado del todo, sin resto de vida: pasado muerto, porvenir helado.